

Comentario al evangelio del viernes, 6 de marzo de 2015

Hay un dicho que reza algo así como “de ilusión también se vive.” Este sin duda es el caso de la parábola que cuenta hoy en el Evangelio. La historia de unos labradores a los que se arrendó una viña y se creyeron que ya era suya. Y que bastaba con deshacerse de los enviados del dueño de la viña para que siguiera siendo suya. De ilusión también se vive. Evidentemente –la historia no podía terminar de otra manera– llegó el momento en que al amo se le agotó la paciencia, se dejó de ir de bueno por la vida y fue personalmente a la viña con los medios necesarios para dejar claro quién era el dueño de la viña. Y la ilusión duró lo que suelen durar las ilusiones cuando no se apoyan en bases adecuada: muy poco tirando a nada.

Jesús utiliza este cuentito para meterse con las autoridades religiosas de su pueblo. Les recuerda que ni el pueblo de Israel ni la relación con Dios son su propiedad particular. Ellos no son los dueños sino los encargados de servir al pueblo y de ayudarlo a relacionarse con Dios. Y si no lo hacen bien, Dios –como buen administrador de sus bienes en favor de sus hijos queridos– entregará la administración a otros que entreguen los frutos de la viña a su tiempo. Y, sobre todo, que sean bien conscientes de que no son los dueños sino los servidores.

En este camino cuaresmal conviene que reflexionemos en que hemos recibido en nuestras manos el don de la gracia. Hemos tenido, tenemos, la oportunidad de encontrarnos todos los días con la Palabra de Jesús. Pero esa palabra, esa gracia, no es para nosotros. Nosotros no pasamos de ser los administradores de la gracia y del amor de Dios para el bien de nuestros hermanos y hermanas. Esto se aplica a la Iglesia y a cada uno de los que la formamos. Somos servidores de la viña para que sus frutos de amor, de justicia, de reconciliación, de misericordia, lleguen a todos, sin excluir a nadie.

Por tanto, ni condenas ni exclusiones sino apertura, acogida, compartir y mucho abrir los brazos para acoger. Para que todos puedan experimentar por sí mismos el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

Fernando Torres Pérez, cmf